

Las publicaciones por el Cincuentenario del Instituto Otavaleño de Antropología

20

Plutarco Cisneros A.
Y SU BIBLIOTECA
CINCUENTENARIO IOA

Vamos algunas semanas hablando sobre los libros que recogen las investigaciones realizadas en este tiempo de celebración del cincuentenario del IOA y las continuaremos, sin duda alguna. Pero, vale la pena preguntarse: ¿responden esas publicaciones exclusivamente a un deseo de hablar del pasado con espíritu nostálgico? Y contestar de modo enfático: no.

Los alemanes llaman “heimweh”, a esa nostalgia que es una “enfermedad del país”, es decir, un deseo de –al ausentarse físicamente- llevar siempre con uno mismo el recuerdo de lo que se dejó. Los griegos utilizaban la palabra “nostos” que viene de “nesthai” para significar volver, volver a casa, y “algos”, como sufrimiento, es decir, el sufrimiento de no estar y querer volver a casa.

La intención de esta tarea, si bien es mantener fresco el recuerdo de las cosas de casa, más se aproxima a lo que Kant llamaba “el pensamiento ensanchado”, es decir, recoger la curiosidad por las acciones realizadas por otros prójimos que nos permitan “tener mil cosas que contar”.

Y hacerlo porque, “en el mundo todo es percedero, la muerte y el olvido terminan por llevarse todo: las palabras que se pronuncian así como las acciones que se llevan a cabo. Nada es duradero, ¡salvo la escritura! Así es. Los libros se conservan mejor que las palabras, mejor que los hechos y las gestas” y éstas, que son acciones de prójimos solo se conservan cuando han sido escritas.

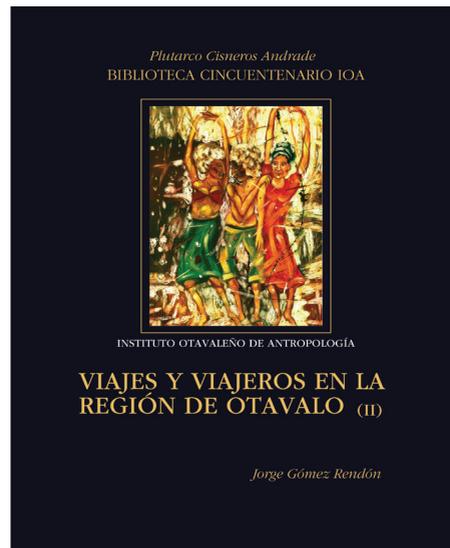
Pero, además, son libros que no hablan solo de acciones lejanas en la memoria sino que enlazan a éstas para poder entender lo que se escribe sobre el ahora. Para no caer en la desesperación que produce la amnesia que, de manera clara está descrita en el relato homérico de la Odisea, recogido por Luc Ferry:

“Ulises llega a una isla cuyos habitantes son personas muy raras. No comen ni pan ni carne, como los humanos mortales, sino que se alimentan de un manjar, una flor: el loto. Por esta razón los llaman “lotófagos”. [...] el loto es una flor imaginaria, maravillosa, una especie de dátil que además posee una particularidad muy notable: quien lo prueba pierde en el acto la memoria. Se vuelve amnésico y no se acuerda de nada. Ni de donde viene, ni qué hace allí y menos aún hacia dónde va.” Que dimensiona la actitud del héroe: “tenía miedo de que si comieran esos dátiles, los demás olvidasen también la fecha del retorno y la razón misma del viaje”.

En tiempos en los que hay poco interés por los libros pues hay autoridades que piensan que no son necesarios y, por lo mismo, no los incluyen en sus políticas culturales creando la impresión de una lotomanía, los libros nos ayudan a volver vigente el “conócete a ti mismo” de los griegos: saber quién es uno es conocer el propio lugar natural, el alcance de nuestros propios límites. Conocer de dónde venimos para resolver el conflicto del qué hacemos o qué debemos hacer.

Viajes y viajeros en la región de Otavalo (I)

Jorge Gómez Rendón



Relación de un viaje hecho a Cotacache, la Villa, Imbabura, Cayambe etc.,

Comenzado el 23 de julio de 1802 por Francisco José de Caldas

Ibarra es hoy un bello lugar agonizante. Los vestigios que aún quedan, anuncian que ha sido rica y bien poblada; pero, ¿qué causas han influido en la ruina de la más bella villa de la provincia? Nosotros ignoramos que su comercio se haya disminuido, y estamos convencidos que tiene los mismos ramos que la elevaron en su origen. el nitro, el azúcar, y todo lo que se hace del jugo precioso de la caña, las harinas, el anís, están en el mismo pie que lo estuvieron en principio. Su situación es ventajosa sobre el camino que comunica la provincia de Quito con Popayán y Cartagena, y es frecuentada de todos los caminantes que transitan por estos lugares. No es el comercio sólo el que hace floreciente un pueblo si no viene acompañado de un clima benigno y un temperamento sano. El de Ibarra, aunque templado y semejante a una perpetua primavera, el termómetro sostiene de 15 a 18, es malsano. Las calenturas intermitentes que de tiempo se experimentan aquí, azotan las familias que iban a poblar y hacer poderosa esta población. Los que escapan de esta desgracia abandonan un lugar en que miran abiertos

sus sepulcros si permanecen en él. Muchas familias ilustres han trasmigrado a Quito y demás lugares circunvecinos. Pero hay circunstancias bien dignas de notarse por un viajero filósofo.

El traje de Ibarra apenas difiere del de Quito y sólo se diferencia en ser más alta la saya que en las mujeres y más indecente. Carece de bellas caras en el sexo que lo es en otras partes.

Las familias distinguidas son muy pocas y viven del cuidado de sus haciendas en Chota y en las cercanías de Ibarra. Una arroba de azúcar vale en esta Villa 4 pesos 2 reales, una gallina 2 reales, una arroba de carne 4 reales. Se crían muchos cerdos y la manteca es cara.

Hay dos cosas bien singulares en Ibarra: una carnicería en donde no se mata una res y un hospital en donde no se cura un enfermo. La escasez o más bien la utilidad del particular es causa de lo primero; y el haber trasladado las rentas del hospital al de Quito por uno de sus presidentes ocasiona lo segundo. Yo hallo una injusticia destestable en este procedimiento de los jefes, que privan a los pueblos subalternos de sus comodidades por acumularlas en sus capitales.

¿Qué aprovecha a un moribundo de Ibarra que se cure y asista bien en el hospital de Quito? Lo cierto es que en pocos pueblos de América se necesita más de un hospital que en Ibarra pues en ninguno está más expuesta que aquí la salud del hombre.

He tenido ocasiones de ver su lujo en sus entierros. Excede las fuerzas de esta población. Todo el mundo asiste con hachas encendidas. El cadáver se transporta en hombros, en un ataúd forrado en terciopelo, con anchos galones de plata. La taba le trae delante del féretro sobre la cabeza de un hombre. Toda la carrera, de 6 en 6 varas cuando más se ponen por la mitad de la carrera mesas cubiertas de paños negros y en cada una de ellas hace mención el cadáver y se le canta un responso. el entierro es más suntuoso cuantas más posas tiene, y como cada una vale 4 pesos, un entierro cuesta muchos pesos, y no están en estado de hacerle sino los muy acaudalados.

FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS

Jorge Gómez Rendón

Es una de las figuras más destacadas de la nueva ciencia en América y mártir de la causa independentista, en servicio de la cual puso sus conocimientos científicos.

Caldas formó parte de la expedición científica al Virreinato de Nueva Granada que el rey Carlos III encargara al sabio español José Celestino Mutis; fue también colaborador de Humboldt durante un escaso intervalo de tiempo, sin llegar a participar directamente en su expedición americana.

Caldas visitó la Sierra septentrional del Ecuador, en la extensión que corresponde al antiguo corregimiento de Otavalo, entre diciembre de 1801 y octubre de 1803. Había salido de su casa en Popayán con dirección a Quito por motivos personales y en la capital de la Audiencia vio henchirse su curiosidad por la astronomía ante el recuerdo de las campañas científicas de Ulloa, Juan y La Condamine. En la sierra norte del Ecuador realizó mediciones barométricas y observaciones astronómicas, trazó perfiles orográficos, levantó varios mapas, recolectó una gran cantidad de especies vegetales y ascendió a sus principales cumbres.